

# Editorial

## ¿Integrados? (Una muy breve reflexión)

### Integrated? (A brief reflection)

### Integrado? (Uma breve reflexão)

Son muchos los retos que afronta hoy la investigación en comunicación. Están siempre los viejos dilemas a propósito del estatuto epistemológico del campo mismo, su continua necesidad de reinventarse y la necesidad de dar la cara a un siglo XXI en el que la complejización del sistema técnico ha dado origen a una ecología mediática cada vez más densa y opaca que, por supuesto, requiere nuevas brújulas de pensamiento.

Así las cosas, la aparente seguridad epistémica que nos habían dado las teorías de la comunicación empieza a zozobrar y se hace necesario volver a pensar nuestro repertorio de certezas. En medio de esta desestabilización de nuestro pasado académico debemos pensar cómo opera la polisemia de los viejos conceptos que hoy se desplazan sobre anchuras semánticas que hasta hace unos años nos era imposible imaginar.

Por ejemplo, hoy una buena parte de la investigación se desplaza sobre nociones como las de convergencia y transmedialidad. Legado reciente de pensadores como Jenkins y Scolari, nuestra ‘nueva’ manera de acercarnos a la comunicación se ha reubicado desde las nuevas tendencias epistémicas que, refugiadas en la realidad cambiante de la web 2.0 y 3.0, han creado un panorama aparentemente nuevo y han hipostasiado la idea de Internet como un *medio* aparentemente novedoso. Discutamos esto brevemente.

Ya Gilbert Simondon había mostrado cómo “la cultura se ha constituido en sistema de defensa contra las técnicas; ahora bien, esta defensa se presenta como una defensa del hombre, suponiendo que los objetos técnicos no contienen realidad humana” (2008, p. 31). Así, la paulatina deshumanización de la idea de la técnica como algo que se opone a la cultura ha llevado a su incompreensión como elemento fundamental para entender los modos de interacción y cambio social.

Ahora bien, esta sugestiva idea que nos presentara el filósofo francés a mediados de los sesenta parecería haber vencido su propia curvatura y presentarse ahora bajo una suerte de totalidad encarnada en las posibilidades de Internet. Sí, en efecto, durante los últimos años ha habido una explosión literaria sobre las formas-otras de ser en la red (Cross, 2011), la viralidad (Sampson, 2012), la estampida mediática (Jenkins *et al.*, 2013) y la redefinición del receptor (Jenkins, 2006; Wolton, 2010) que han, aparentemente, revitalizado el campo. La objeción de Simondon parecería haber quedado atrás toda vez que hoy los discursos que afloran una y otra vez tienen que ver con la idea de la *determinación técnica* que nos ofrece la red.

Más allá de las discusiones de corte (post)mcLuhaniano sobre el determinismo tecnológico, resulta claro que hoy nos enfrentamos de muchas maneras a un *revival* celebratorio de una tecnofilia que, irónicamente, ha dejado de ser tecnofilia en la medida en que la incorporación de lo técnico –retomando la vieja idea de Ihde (1990)– ya no reconoce la distancia con la plataforma, y el instrumento abandona su condición de útil –en palabras de Heidegger– para devenir condición de posibilidad de la experiencia. Así pues, sobre esta idea, la posibilidad de pensar Internet como *medio* es una tentación siempre presente: medio en el sentido tradicional de ‘medio de comunicación’, un medio que ofrece ‘nuevas’ posibilidades. Errores crasos: la transmedialidad pensada como consecuencia de la existencia de algo llamado Internet. La convergencia imposible allende los límites de la web. Aunque suene extraño, estos discursos pululan hoy en día.

Se teje una retórica en la que Internet se enarbola como una condición *sine qua non* de la experiencia mediática contemporánea y parece trivializar las experiencias anteriores: la análoga y pobre narración televisiva contra la vívida y participativa experiencia que ofrecería la web. McLuhan nos había advertido que el contenido de todo medio es siempre otro medio; quizás esto último es lo que, por momentos, hemos olvidado.

Un paso atrás: recuerdo cuando en los años ochenta jugaba yo con mis figuras de acción de He-Man y los Amos del Universo. Las figuras ha-

bían dado paso a una conocida serie de dibujos animados y, a la vez, con cada figura venía un cómic. En ninguno de los tres ámbitos centrales (figuras, serie de televisión y cómic –más adelante hubo un álbum de figuritas autoadhesivas–) se cerraba el universo narrativo. La máquina semiótica permanecía abierta en la medida en que la narración estaba más allá de un solo medio, el universo narrativo se recreaba en cada una de las manifestaciones mediales que ese niño de los años ochenta experimentaba. Creo que esa fue mi primera experiencia transmedia, cuando aún no imaginábamos ni siquiera la existencia de Internet. Sé que puede ser un ejemplo simple, quizás trivial, pero pone sobre la mesa el hecho mismo de que se ha retomado una postura ciertamente *integrada* en el momento de pensar los alcances de la red y el modo en el que esta tendería a modelar el todo de lo social.

Evidentemente sería un despropósito desconocer cómo nuestra experiencia con el mundo ha mutado con la presencia de Internet. Sin embargo la invitación es a reconocerla, más que como un medio en sí, como un *metamedio* en el que los medios tradicionales evolucionan. Como lo recuerda Arango (2013), resulta fundamental retomar la afirmación de Robert Picard según la cual

[ ... ] la revolución informativa ha provocado en el nuevo siglo un aumento de la velocidad, la flexibilidad y la integración de las formas existentes de comunicación. Esta es la verdadera consecuencia del proceso derivado de la convergencia mediática, desde la perspectiva de las industrias de medios. “The digitalization, new media and information and communication technologies are part of an evolutionary rather than revolutionary change in communication ability. No real new communication ability is being created” (Picard, 2003, p. 154).

Por supuesto, lo digital reencuentra posibilidades para la experiencia. Las condiciones narrativas que ofrece Internet alteran las percepciones espacio-temporales de los sujetos. Es decir, es clave pensar que Internet sí ofrece un cambio en la experiencia, en los anclajes sociales, en la forma de perci-

bir el entorno, pero, a la vez, es clave reconocer que mucho de lo que hemos imaginado como *nuevo* desde su emplazamiento aparentemente final en la década de los noventa también ha pasado por el tamiz policivo de la ideología. Quizás, por momentos, habría que darle la razón a Virilio (1996) y más recientemente a Wolton (2010), quienes advirtieron el modo en el que la ideología entraría a jugar conjugadamente con los modos de evolución técnica. Estos llamados críticos habían advertido que llegaríamos a un punto en el que la técnica sería deseable por sí misma. La hiperconexión y la tiranía del tiempo real a las que ya en los noventa temía Virilio aparecerían hoy fantasmagóricamente bajo la figura de una mirada (multi)integrada a las posibilidades que ofrecería la red: la política del *performance*, el nihilismo de las nuevas generaciones, la trivialización de la historia, la ‘invención’ digital de las nuevas epistemologías.

El error estriba en ver el fulcro de la reflexión en la maquinización/automatización y no en el hombre y en los modos en los que se da la apropiación de las complejizaciones de lo técnico mismo. De algún modo, habría que desplazar el camino para comprender la idea de (re)evolución técnica desde la moderna concepción del progreso como superación del (de lo) pasado. Sobre este problema específico Stiegler sugiere un punto que resulta particularmente iluminador:

La evolución de los sistemas técnicos va en el sentido de la complejidad y de la solidarización de los elementos combinados: “Las relaciones internas que aseguran la vida de estos sistemas son más numerosas cada vez a medida que se avanza en el tiempo, a medida que las técnicas devienen cada vez más complejas.” Lo que conduce a lo que Heidegger llama *Gestell* es la mundialización de esas dependencias –su universalización y en ese sentido, la desterritorialización de la tecnología–: una técnica industrial planetaria, que explota sistemática y globalmente los recursos, e implica una interdependencia económica, política, cultural, social y militar mundial (2002, p. 54).

Esta idea es la que permite dar un paso final. Quizás la revolución en torno a Internet obedezca a ciertas dinámicas propias de los modos de producción/circulación del capitalismo. Quiero decir, lo que implica pensar en forma tan excesivamente integrada las bondades de los ‘nuevos’ medios es muchas veces una operación semiótica de corte ideológico. Quizás es clave recordar que, como nos lo ha indicado Žižek (2012), el capitalismo constituye ese Gran Otro que moldea la percepción del mundo... una forma aún más potente de pensar el *Gestell* heideggeriano que se mostraba como la imposición de una técnica al hombre, una imposición que escapaba a su propio arbitrio.

El llamado es, entonces, a repensar el papel de los nuevos modos de darse de lo técnico y evitar una instrumentalización del discurso. La comunicación, en un sentido estricto, requiere de la experiencia de lo humano y de la necesaria alteridad para poder ser pensada. Es cierto, vivimos en tiempos afortunados, en tiempos de redes y de dispositivos que nos reformulan la experiencia día a día, pero es clave recordar que eso que llamamos mundo es aquello que, desde siempre, hemos narrado. Una cabal epistemología del presente supone una cabal comprensión de nuestro pasado (ese pasado del que estamos hechos, como lo recordaba alguna vez Raymond Williams).

## Referencias

Arango, G. (2013). *El fin de la comunicación masiva: nuevos medios, nuevos consumos audiovisuales. Fragmentación de audiencias juveniles en un ambiente multimedial*. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias de la comunicación. Universidad Austral. Buenos Aires.

Cross, M. (2011). “Are blogs and Twitter hijacking Journalism?”. En: *Bloggerati, Twitterati. How blogs and twitter are transforming popular culture*. Denver: Praeger.

Ihde, D. (1990). *Technology and the Lifeworld. From Garden to Earth*. Indianapolis: Indiana University Press.

- Jenkins, H. (2006). *Convergence Culture: Where Old and New Media Collide*. Nueva York y Londres: New York University Press.
- Jenkins, H.; Ford, A. y Green, J. (2013). *Spreadable Media. Creating value and meaning in a networked culture*. Nueva York: New York University Press.
- Sampson, T. (2012). *Virality: Contagion Theory in the Age of Networks*. Minneapolis: University Of Minnesota Press.
- Stiegler, B. (2002). *La técnica y el tiempo I. El pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru.
- Simondon, G. (2008). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Wolton, D. (2010). *Informar no es comunicar. Contra la ideología tecnológica*. Barcelona: Gedisa.
- Žižek, S. (2012). *Viviendo en el final de los tiempos*. Madrid: Akal